

Daño y redención

Prólogo a *La espera*, de Marcelo Scelso

El Emporio Ediciones, Córdoba, 2009

Christian Ferrer

Los amores inconclusos no pueden ser extirpados de la memoria por un acto de voluntad. En ella perduran para siempre, en su luz melancólica, como si estuvieran preservados en ámbar, intactos y anhelantes. Quienes los han padecido saben que es inevitable cavilar, no sin temor, con la posibilidad de su rebrote, no importa cuán tortuoso y turbio haya sido el motivo del cisma o la envergadura de lo que fuera irrealizable. A los amores inconclusos se los espera, largamente, casi sin esperanza. El descenso a los infiernos, la travesía por el desierto y el naufragio en una isla cualquiera son las tradiciones literarias de las que se nutre este relato de daño y redención: el protagonista de la historia, que arrastra consigo el fantasma de una mujer, está lejos, muy lejos de casa, donde dos destrucciones se le superponen, la del amor y la del exilio. Casi todo sucede en Holanda, o más bien en un barco quieto anclado en los canales de Ámsterdam, donde el hombre procura apaciguar el alma meciéndose indeciso entre un mundo y otro, viviendo a ras del agua, con la voluntad averiada. Ha escorado. Todas las variedades del destierro traen aparejadas desprotecciones radicales. Los afectos están mutilados, la lengua trastabilla, el aprendizaje de los hábitos locales es torpe y siempre insuficiente, el invierno del hemisferio norte impone la mudez o la hibernación, y además la vida cotidiana exige de una combinación de esfuerzos denodados y de picaresca latina para garantizar la subsistencia. La añoranza jamás deja de acechar y las ilusiones infundadas acerca de las debilidades políticas de una remota dictadura del cono sur acaban siendo un agravante. El exiliado sueña que está de paso, pero eso es una quimera. Sobrevivir en una cultura ajena requiere, fundamentalmente, de amigos, de cómplices, de maestros y de la compañía de una mujer. No es posible oponer resistencia a la borrasca del mundo si se carece de amor y de cuidado, y entre las muchas virtudes de esta novela se cuentan la estremecida ternura con que se narra el anhelo erótico de un hombre dañado por la piel de una mujer y la delicada inclusión de un drama de amor dentro de una historia más universal. Marcelo Scelso ha escrito, a la vez, una historia amorosa y una historia argentina.